



## MITTERRAND A TRAVES DE SUS TEXTOS

Luis Pasamar

François Mitterrand.  
*Discursos y textos políticos.*  
Sociedad General de Editores  
de Libros.  
Madrid, 1983.

Los escritos de François Mitterrand se van publicando en España con cuentagotas y de forma un tanto desordenada. Aparte de *El golpe de Estado permanente*, que se publicó íntegro allá por la década de los sesenta, Argos Vergara publicaría en 1981 *Aquí y ahora*, serie de artículos de prensa sobre los más variados

temas. La misma editorial lanzaba al mercado en 1982 *La paja y el grano*, libro que está compuesto con dos medios libros: la mitad del que lleva el mismo título francés, y otra mitad de otro que se llama *La abeja y el arquitecto*.

La última obra suya que acaba de aparecer en el mercado, *Discursos y textos políticos*, es una antología de textos de *Politique y Politique 2* publicados, respectivamente, en 1977 y 1981. A la edición española se le han añadido los discursos y entrevistas de prensa que pronunció y dio Mitterrand en su visita a nuestro país en junio de 1982. Carlos Fuentes enriquece la edición castellana con un brillante prólogo en el que evoca las jornadas de júbilo que vivió el pueblo francés en mayo de 1981.

Arranca esta obra con lo que podríamos calificar de

textos prehistóricos de François Mitterrand. Escritos que él mismo había olvidado pero que una editora tenaz ha sabido rescatar, como de las cenizas se han recuperado los folios que publicó en el periódico que editaban los presos en los campos de concentración nazis.

Respira Mitterrand en sus primeros escritos su honda formación cristiana y el pacifismo que reinaba en los años treinta en la sociedad francesa. Pero en *Hasta aquí hemos llegado*, texto que podemos, sin incurrir en juicio atrevido, considerar de primera manifestación política y que se publica en el diario del colegio Montalembert, cuando todavía no ha cumplido los veintidós años, el aprendiz de periodismo considera llegado el momento de tomar medidas energicas y oponerse al expansionismo nazi. En este escrito, un tanto ampuloso propio de la edad, Mitterrand reflexiona sobre los acontecimientos in-

ternacionales. Estamos en plena guerra en España y, curiosamente, nada dice respecto a la contienda que se desarrolla al sur del Pirineo y en la que se da la batalla al nazismo.

En los campos de concentración de Alemania descubre el joven François la crudeza de la condición obrera como antes, en las trincheras del frente del Este, había experimentado la dura realidad de la guerra. A través de los escritos del campo percibimos la toma de conciencia política y la necesidad de ser de nuevo libre para entregarse a la lucha contra el ocupante. También en cautiverio tiene Mitterrand noticias de la existencia de De Gaulle y, entre el general exiliado en Londres que intenta organizar la resistencia y el viejo mariscal Petain, que dirige el Estado francés desde Vichy, se pronuncia a favor del primero aunque con ciertas reservas. También el general forma parte de la clase política anterior, de la clase que no supo organizar la defensa, aunque ignore el incipiente resistente los esfuerzos que ha hecho De Gaulle para dotar al ejército de una nueva estrategia y, sobre todo, de una nueva forma de concebir la guerra: lucha de movimiento y no de posiciones, como fue el caso en la guerra del 14 y que los estrategas franceses repiten en 1939.

Siguen en el orden cronológico los escritos periodísticos que Mitterrand publica en los primeros días de la Liberación. Una serie de trabajos en los que la política internacional ocupa un espacio considerable, pero también llaman su atención la situación de los presos que van llegando de Alemania. La resistencia de Mitterrand durante los años de ocupación se había organi-

zando en torno a los presos, en la ayuda que se les podía mandar desde Francia y el apoyo que se les brindaba cuando lograban escapar de los campos o sustraerse a que se les mandara a Alemania. A partir de este núcleo se va formando la organización resistente de ex presos y en nombre de esta resistencia se entrevistó Mitterrand en Argel con el general De Gaulle. El veterano soldado intentó absorber la organización guerrillera del que entonces se hacía llamar capitán Morlan; no hubo posibilidad de entendimiento y a partir de esas fechas se produjo un enfrentamiento entre los dos hombres que sólo la muerte del general logró poner término. Aunque forma parte de lo que sería núcleo del primer gobierno de la postguerra, presidido por De Gaulle, Mitterrand se vio alejado del mismo en 1944. Se inicia entonces la carrera periodística y política de Mitterrand, y en 1950 es nombrado Ministro de Ultramar. A partir de esas fechas y hasta bien entrada la década del 60, los escritos de Mitterrand tienen un marcado sello político aunque cuida mucho su prosa; nunca olvida el diputado del Nièvre que quiso ser escritor y que, como tal, quisiera que se le considerase. En alguna parte dejó dicho que preferible a ser ministro era ser un buen escritor.

Su paso por el Ministerio de Ultramar le brinda la oportunidad de conocer en profundidad los problemas de África, y en el libro que nos ocupa, aunque no muy extensas, se dan muestras de su espíritu reformador y liberal. No ahorró esfuerzos en ganarse la confianza de los líderes negros y supo hallar siempre fórmulas de compromiso con los incipientes movimientos nacionalistas de África negra. El gran sueño de Mitterrand,

la constitución de la Unión Francesa que diera la posibilidad hacia la autonomía de gobierno, dentro del marco de una Unión en la que todos los pueblos africanos tuvieran cabida, no logró cuajar en el sentido por él manifestado. Las reformas no se llevaron a cabo a tiempo y hubo luego que conceder la independencia en condiciones dramáticas, como fue primero con Indochina y con Argelia después.

Como la mayoría de los políticos franceses de aquellas fechas, década del 50, también cree Mitterrand que Francia puede, y debe, mantener su presencia en África. Aunque es partidario de reformas e incluso, con el correr del tiempo, del acceso a la independencia, quiere hacerlo de tal forma que la Unidad Francesa sea una realidad política, económica y cultural.

Con Mendès France en el Consejo de Ministros en 1954, Mitterrand desempeña el cargo de Ministro del Interior, responsable de la seguridad en los tres departamentos «franceses» de Argelia. Ciertamente Mitterrand apoyó el proyecto de paz en Indochina que preconiza Mendès, pero ni el jefe del Gobierno ni su titular de Interiores captaron la magnitud del problema que surgió en Argelia, cuando la noche de Todos los Santos de 1954 estallaron varias cargas explosivas en distintas localidades de Argelia.

Nada o muy poco se dice en la obra que nos ocupa de los discursos nacionalistas y nada liberales ni menos socialistas de esta época. Diríase que los editores quieren presentar la faz más progresista del actual Presidente de la República. Ciertamente el titular de Interiores hizo cuanto estaba en

su poder por limitar los estragos de las fuerzas policiales y militares que no vacilaron en utilizar métodos persuasivos dignos de la Gestapo. Nada dice la presente edición de los discursos de Mitterrand en los que preconiza a voz en grito que *Argelia es Francia*, y que los sectores más reaccionarios y colonialistas aplaudieron sus intervenciones en el Parlamento y las medidas enérgicas —envío de tropas y refuerzo de fuerzas de choque— que tomó el mismo día en que estallaron los explosivos anunciadores del renacimiento del nacionalismo argelino. Faltan también en los textos que comentamos algunos de abierto apoyo a los colonialistas, en los que se percibe un soplo marcadamente nacionalista. No veo por qué se suprimen discursos cuyo eje central está en desacuerdo con una innegable trayectoria liberal, y cuyo contenido ideológico venía determinado por imperativos tácticos. Cualquier lector medianamente bien informado sabe distinguir entre un texto o discurso programático y unas declaraciones circunstanciales.

Flojos nos parecen los textos seleccionados sobre el marxismo y el comunismo. Sin que Mitterrand sea ni mucho menos un teórico marxista, en sus escritos abundan las referencias al marxismo más originales y más densas que las que aquí se presentan.

Queda ampliamente cubierta la etapa de formación y desarrollo de la Unión de la izquierda con radicales y comunistas, y para el lector poco familiarizado con la vida y la labor política de Mitterrand resultará, supongo, aleccionador descubrir que en Francia, además de De Gaulle, la oposición en gran medida sostenida por Mitterrand se esforzó,

mediante la acción y los planteamientos teóricos, en hallar nuevas formas de convivencia.

Al socaire de un golpe militar, De Gaulle toma el poder en 1958. Mitterrand forma parte de los pocos ministros o diputados que se oponen al general y que no le dan su adhesión. En 1964, en *El Golpe de Estado permanente*, Mitterrand formula duras críticas al régimen gaullista. «De Gaulle dictador, es posible que no tenga ni el gusto ni las ganas. Pero la V República tiende hacia la dictadura, su sistema judicial lo prueba con evidencia», escribe en la citada obra. Con la desaparición del viejo general no se derrumbó la estructura política por él edificada. Sigue en pie el sistema tan duramente atacado por Mitterrand. Sistema que, por otra parte, cuadra perfectamente con las formas de gobierno de Mitterrand ya que no ha modificado ni un ápice, contrariamente a lo que durante años ha venido sosteniendo. Se comprende que en 1958 se temiera por las libertades republicanas, por la democracia, ya que el general había manifestado en más de una ocasión su desprecio por el sistema parlamentario y había dicho y escrito que, en cuanto volviera a ocupar el poder, cambiaría sustancialmente la Constitución dándole mayor poder al ejecutivo. Pero no fue así. No hubo dictadura y hay que admitir que en muchos aspectos de su análisis Mitterrand erró. Fue cierta aquella declaración del general: «A mi edad uno no se vuelve dictador». La Constitución de la V República ha resultado ser mucho más sólida y menos dictatorial de lo que un día se creyó.

Aunque limitada, como toda antología o selección de

textos políticos, esta obra permitirá al lector de habla castellana hacerse una idea bastante clara de la trayectoria política de Mitterrand. Es de lamentar la traducción, que no es lo correcta que cabía esperar de una casa editora del prestigio de la SGEL. Los textos literarios de Mitterrand tal vez ofrecen mayor dificultad para su traducción, por esa tendencia un tanto arcaizante de su prosa y ese afán en matizar que, a menudo, asalta a muchos autores del allende el Pirineo. El estilo literario de Mitterrand siempre conserva un leve sabor a terruño, la nostalgia por un mundo rural que nos ha dejado irremediablemente. Un tipo de sociedad en la que no tienen cabida ni el sabor del heno ni el olor de la paja y el grano, ni la contemplación de un atardecer de verano. Sin desestimar la fuerza, precisión o lirismo de Mitterrand, orador político que logra captar y seducir al oyente, nos conmueve mucho más su prosa, digamos literaria, para entendernos mejor.

La serie de artículos que nos brinda en *La paja y el grano*, y que publicó periódicamente en la prensa del Partido Socialista por lo general o en cualquier diario de provincias, nos da una visión mucho más cabal, humana y políticamente hablando, que las mejores piezas de oratoria florentina, maquiavélica incluso, que a veces, obligado por los acontecimientos, tuvo que improvisar. En estos artículos o crónicas personales Mitterrand da rienda suelta a su inteligencia, sensibilidad literaria, que la tiene, o imaginación, y en ellos aborda los temas del momento, los que nos afectan, ya sean de política nacional o internacional, literarios o científicos, teóricos o de partido, o nos esboza un perfil humano de Pablo Neruda, De Gaulle,

siempre presente en su obra, o nos habla de las landas y de su perro, de los grandes paseos por el campo, del paisaje de Francia al que ama entrañablemente, y del que, como se ha dicho en alguna ocasión, forma parte del mismo. Dos obras, *Discursos y textos políticos* y *La paja y el grano*, distintas pero complementarias.

## LA DIFICULTAD DE LA FILOSOFIA

Valeriano Bozal

Eugenio Trías.

*Filosofía del futuro.*

Ariel. Barcelona, 1983.

Cuando se pensaba que la filosofía estaba definitivamente muerta y enterrada, a lo más convertida en historia de la filosofía, meditación más o menos profesoral sobre sí misma, o en ensayo variopinto capaz de hablar de cualquier cosa porque no hablaba de nada, el presente libro de Eugenio Trías puede producir indudable sorpresa. Ya toda la trayectoria de Trías, desde su inicial *La filosofía y su sombra*, se afirma como una defensa de la filosofía, pero quizá sea éste el texto donde esa defensa alcanza mayor pureza. En los anteriores subsistía aún ese pretexto sin el cual el discurso filosófico contemporáneo no se atreve a asomarse. En *Filosofía del fu-*

*turo* el pretexto no ha desaparecido del todo pero, desde luego, ocupa un lugar subsidiario y muy inferior al que había detentado en otras ocasiones.

*Filosofía del futuro* permite, al menos, dos lecturas complementarias. La que indica su título es una, quizá la más directa pero no la única, pues la reflexión sobre la filosofía del futuro es ya, en su punto de partida, una reflexión sobre la filosofía misma, sobre su lugar y su relación con otras manifestaciones, especialmente la ciencia y el arte. La filosofía no es sino «la repetición creadora radical de las cuestiones que el niño se formuló desde que tuvo uso de razón» (18). El carácter de la filosofía viene dado por los dos rasgos que definen esa repetición, creación y radicalidad, que implican huida del dogmatismo y de lo cerrado, apertura, capacidad o potencia de futuro. Precisamente en la apertura de futuro, en ese carácter inconcluso de la respuesta (filosófica) al preguntar filosófico, que es así siempre interrogativa, radica la racionalidad del discurso filosófico.

Ahora bien, la radicalidad en que está inmersa la interrogación nace del ámbito mismo en que se produce el filosofar. Lejos de las tranquilas aguas académicas —que en ocasiones nada tienen de tranquilas—, Trías afirma que la filosofía se origina como ocupación inhóspita en la existencia de lo negativo. He aquí sus propias palabras: «Vértigo, visión del abismo sin fondo, sensación de perder pie, resquebrajamiento de todo lo que es firme, el suelo que piso, la tierra en donde me cobijo, pérdida de toda certidumbre en donde alojar algún convencimiento, pérdida de

todo aquello en donde puedo reposar mis angustias, mis interrogaciones sin respuesta: he aquí el suelo, la tierra, el espacio paradójico en donde, precaria y desasosegadamente, se instala una ocupación inhóspita, la filosofía» (21), y «ese abismo sin fondo es el lugar que se mira cuando en verdad se filosofa, eso es lo que se *admira* cuando se produce la disposición que hace posible la filosofía. Esta tiene como punto de partida, por premisa, como acertó a decir Hegel, el desgarrar, la rasgadura, la quiebra de un *continuum* que se revela ilusorio. Tiene por objeto el devenir, *que es ser agujereado de no ser y es nada generadora de ser*» (24).

Quizá el énfasis dramático con que Trías describe la situación filosófica sea excesivo, y me atrevería a afirmar que una cierta contención, distanciamiento e incluso ironía, resulta para mi gusto más apropiado al discurso filosófico. Pero dejando a un lado esta cuestión menor, cabe señalar que es ahí donde se articula ya la propuesta central de la filosofía del futuro, en ese devenir que terminará afirmando la importancia fundamental de la temporalidad, asunto central de la ocupación filosófica, y el carácter de catapultas giradas hacia el futuro que poseen el arte y la filosofía (180).

Frente a las concepciones tradicionales que, una vez delimitado el espacio punto de partida, se inclinan por una filosofía negativa, Trías se decanta por la afirmación que la filosofía del futuro imprime y que cuenta para su fundamentación con un principio, el «principio de variación». No hay un encenagarse en la temporalidad vista sólo como paso sino un afirmarse en la